

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XVIII



C. S. I. C.
1981
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XVIII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1981

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
ESTUDIOS	
Las cacerías en la provincia de Madrid en el siglo xiv según el «Libro de la Montería» de Alfonso XI, por <i>Gregorio de Andrés</i>	9
Judeoconversos de Torrelaguna (Madrid) a fines del siglo xv, por <i>Enrique Cantera Montenegro</i>	23
El Monasterio de San Juan de la Penitencia, de Alcalá de Henares, fundación del Cardenal Cisneros, por <i>Carmen Román Pastor</i>	41
Juan y Valentín de Ballesteros, maestros de obras de cantería de la villa de Alcalá, por <i>Miguel Angel Castillo Oreja</i>	69
Juan Correa de Vivar y los retablos del Convento de Clarisas de Griñón (Madrid), por <i>I. Mateo Gómez y M. Díaz Padrón</i>	91
Oficios burocráticos en las obras reales madrileñas (1540-1563), por <i>Luis Cervera Vera</i>	99
Noticias sobre la misteriosa desaparición de la muralla madrileña durante el siglo xvii, por <i>Manuel Montero Vallejo</i>	119
Orígenes históricos del marquesado de Leganés y su primer titular: Don Diego Messía de Guzmán, por <i>M.ª Pilar Corella Suárez</i>	131
Toros en la provincia de Madrid, por <i>Francisco López Izquierdo</i>	137
Datos para un estudio de Madrid en la primera mitad del siglo xvii, por <i>M.ª del Carmen González Muñoz</i>	149
Cristóbal de Aguilera y el desaparecido Convento de los Capuchinos de la Paciencia de Cristo, de Madrid, por <i>José Luis Barrio Moya</i>	187
Pintura y mentalidades en Madrid a finales del siglo xviii, por <i>Jesús Bravo Lozano</i> .	193
La configuración del eje Prado-Recoletos-Castellana (1630-1975), por <i>Carmen Gavira</i> .	221
El palacio como laberinto y las transformaciones de Felipe V en el Alcázar de Madrid, por <i>José Miguel Morán Turina</i>	251
Houasse en la corte de Madrid. Notas y documentos, por <i>Juan J. Luna</i>	265
Nuevo Baztán y el prerreformismo borbónico, por <i>Beatriz Blasco y Francisco J. de Benito</i>	287
El niño expósito: cifras de mortalidad de una inclusa del siglo xviii, por <i>Joan Sherwood</i>	299
La inventiva y las profesiones deshonrosas en el siglo xviii, por <i>Antonina Rodrigo</i> .	313
Francisco Sabatini, autor del Cuartel de las Reales Guardias Walonas de la villa de Leganés, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	321

	<u>Páginas</u>
Apunte geográfico-económico de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el año 1752, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	347
Pedagogía e ilustración españolas. El ideario educativo de los fundadores de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, por <i>Olegario Negrín Fajardo</i> .	367
Una epístola poética sobre el Madrid de Carlos III, por <i>Enrique Pardo Canalis</i> ...	395
La hacienda del Seminario de Nobles de Madrid. 1785-1808, por <i>Beatriz Martínez</i> .	405
Las Escuelas Patrióticas de Hilazas creadas en la Villa de Madrid durante el reinado de Carlos III, por <i>Dolores Palma García</i>	443
El camino de hierro de Aranjuez: Primeras tentativas, por <i>J. Moreno</i>	457
La legislación penal en Madrid en el reinado de Fernando VII, por <i>J. Antonio García Borrega</i>	479

SEMBLANZAS DE MADRILEÑOS ILUSTRES

El P. Alejandro Aguado, abad general de la Orden de San Basilio Magno, madrileño Ecumenista, por <i>Angel Benito Durán</i>	501
Un antiguo profesor: Andrés Ovejero, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i>	521

TEXTOS

J. Pérez de Montalbán: «Índice de los ingenios de Madrid», edición crítica y estudio, por <i>M. G. Profeti</i>	535
---	-----

INFORMACION

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños en 1980	593
Los Centros de Estudios Locales: Su marcha hacia la reagrupación en 1980	595
El Instituto de Estudios Madrileños en la reunión plenaria de Centros de Estudios Locales celebrada en Ciudad Real, por <i>Antonio Aparisi</i>	601

EL PALACIO COMO LABERINTO Y LAS TRANSFORMACIONES DE FELIPE V EN EL ALCAZAR DE MADRID

POR JOSÉ MIGUEL MORÁN TURINA

Entre las numerosas recomendaciones que le da Luis XIV a su nieto cuando abandona la corte de Francia para venir a ocupar su nuevo reino no falta una en la que el viejo rey aconseja al joven que se deje ver con frecuencia por sus súbditos. En una carta que le dirige desde Versalles el primero de febrero de 1703 le dice:

«no os encerreis en la molicie vergonzosa de vuestro palacio, mostraos a vuestros súbditos, escuchad sus demandas, hacedles justicia»¹.

Este consejo viene dictado por su propia experiencia personal como gobernante y por el conocimiento profundo de la psicología de los súbditos², y en él se trasluce también una severa crítica contra los monarcas españoles que viven ocultos en su Alcázar:

«Existen naciones —escribe en sus memorias³— en que la magestad de los reyes consiste en gran parte en no dejarse ver, y esto puede tener sus razones en espíritus acostumbrados a la servidumbre, que sólo se gobiernan mediante el temor y el terror»⁴.

¹ LUIS XIV, *Memorias sobre el arte de gobernar*. Buenos Aires, 1947, p. 128.

² LA BRUYÈRE, (*Los caracteres*, Madrid, Aguilar, 1959) recoge esta curiosidad insaciable del pueblo por ver a sus soberanos:

«La prevención del pueblo en favor de los poderosos es tan ciega, y tan general el interés por sus gestos de rostro, su tono de voz y sus modales, que si dieran en ser buenos llegaría a la idolatría» (p. 287. De los poderosos 1). Y más adelante, cuando enumera las cualidades que debe tener un soberano, dice: «un rostro que satisfaga la curiosidad de los pueblos ansiosos de ver al Príncipe» (p. 339. Del Soberano 36).

³ LUIS XIV, *op. cit.*, p. 71.

⁴ FENELÓN, pone el ejemplo de lo que es un mal rey en Pigmalión, siempre oculto en su palacio y temeroso de todo y de todos «car on ne le voyait point, et on regardait

oponiendo a tales pueblos —al español, al que se está refiriendo—, el pueblo francés:

«Si hay cierta singularidad de carácter en esta monarquía, reside en el acceso libre y fácil de los súbditos al príncipe. Es una igualdad de justicia entre éste y aquellos que lo mantienen, por decirlo así, en sociedad suave y honesta, no obstante la diferencia casi infinita de nacimiento, rango y poder¹.

Luis XIV contrapone dos formas diferentes de entender la monarquía y anima a su nieto Felipe a que opte por el modelo francés, que rompa con la tradición española y que deje de comportarse como un rey tibetano. Sin embargo, el destino le gastó una broma cruel al rey Sol, y, como por un inmenso sarcasmo, en un momento determinado de su reinado Felipe V decide aislarse del mundo en su palacio de San Ildefonso de la Granja, desde donde gobierna un pueblo que siente cómo su rey se aleja de él cada vez más:

«—¿Qué es fe?
—Creer lo que no vimos.
—¿Y en qué, España, está tu fe, en qué?
—En creer lo que no se ve.
—¿Y por qué?
—Por qué lo oímos.
—¿Creéis que hay rey?
—Lo colegimos.
—¿No creéis que es cierto?
—No hay rey.
—¿Por qué?
—No lo vemos.
—Y Filipo?
—No cansemos,
por la fe tenemos rey².

seulement avec crainte ces hautes tours qui étaient nuit et jour entourées de gardes, où il s'était mis lui-mêmes comme en prison, se renfermant avec ses trésors. Je comparais ce roi invisible avec Sésostris, si doux, si accessible...» (*Les aventures de Télémaque*, París, Garnier s.a., p. 81).

¹ Luis XIV, *op. cit.*, p. 72. LA BRUYERE a finales del siglo XVII está criticando el que «hay hombres inaccesibles, y son precisamente aquellos de quienes necesitan y dependen los demás. Siempre se sostienen en un solo pie; movibles como el mercurio, piruetean, gesticulan, gritan, se agitan; semejantes a esas figuras de cartón que sirven de muestras en una fiesta pública, lanzan fuego y llamas, truenan y relampaguean: no es posible aproximarse a ellas hasta que se extinguen, caen y en su caída se vuelven tratables, pero inútiles (*op. cit.*, p. 300. De los poderosos 32). FENELÓN postula que el buen rey debe ser accesible a sus súbditos (*op. cit.*, p. 57).

² Otras poesías que salieron en tiempo de Campillo, fol. 59. cit. por T. EGIDO *Opinión pública y oposición al poder en la España del siglo XVIII*, Valladolid, 1971, p. 110. EGIDO recoge otros versos que expresan el mismo sentimiento:

«Cualquier prudente dirá
que estás en los cielos»

La diferente posición ante sus súbditos del rey francés y del rey español, que le valió a éste el apelativo de tibetano, viene marcada por el ser mismo de cada una de las dos monarquías¹. Aunque en ambas el ceremonial proviene en origen de la misma fuente, la tradición de los Capetos, a España llegó por vía indirecta, importado por Carlos V a través de la casa de Borgoña, y en nuestro país alcanzó la etiqueta cortesana una rigidez tiránica que no poseía en su origen primero. La etiqueta española, lejos de asegurar el servicio y la comodidad del rey, había envuelto a éste en una maraña de costumbres y obligaciones de la que no podía salir y que no contribuían en modo alguno a hacer su vida agradable en palacio². La etiqueta y la corte de Versalles estaba orientada por completo a resaltar el brillo y la majestad de su rey, que, por su derecho divino, había sido consagrado en medio de una auténtica liturgia, y cuya nobleza, totalmente sometida y que, tras los sucesos de la Fronda había perdido todo papel efectivo en la política del estado, se había convertido en palaciega y no tenía otra misión que crear con su esplendor y con su brillante vida social el marco adecuado —que la propia Iglesia sanciona por boca de Bossuet:

«Puisse la dignité glorieuse et la majesté du palais faire éclater aux yeux de tous la grande splendeur de la puissance royal, en sorte que la lumière, semblable à celle d'un éclair, en rayonne de tous cotés»³.

—para la majestad de un rey absoluto, y que sin embargo permite un acceso fácil y directo a la persona del soberano.

¹ Véase L. Díez DEL CORRAL, *Velázquez, la Monarquía e Italia*, Madrid, Espasa Calpe, 1979, pp. 19 y ss., y L. Díez DEL CORRAL, *La monarquía hispana en el pensamiento político europeo*, Madrid, Revista de Occidente, 1975. Este carácter profundamente diferente de ambas monarquías lo comprendían perfectamente los hombres del XVII: «Le roy d'Espagne n'est oinct ny sacré comme le nostre, et n'a point de grand tittre royal particulier à Sa Majesté, comme nos «Sire Tres Chrestien»; et le nom de Majesté ne se pouvant pas apliquer partout, s'il interroque quelqu'un, on ne lui scauroit bonnement respondre autre que Si Señor, comme au moindre de son royaume»..., B. JOLY, «Voyage en Espagne», en *Revue Hispanique*, 1959, p. 559.

² «Ya que habló de Palacios me parece oportuno decir que (según me han dicho) se observan en él reglas fijas respecto al Rey, que se siguen desde hace más de un siglo sin apartarse de ellas en manera alguna. Se denominan la etiqueta de Palacio, la cual dispone que las Reinas de España se acuesten a las diez en verano y a las nueve en invierno. Al principio, la nueva reina no se fijaba en la hora señalada, le parecía que su hora de acostarse debía corresponder al deseo que tuviera de dormir; así, pues, ocurría con frecuencia que aún estaba cenando, y sin decirle una palabra, su servidumbre comenzaba a despeinarla y a descalzarla por debajo de la mesa y la acostaban con una rapidez sorprendente». D'AULNOY, *Un viaje por España en 1679*, Madrid, La Nave, s.a. p. 403.

³ BOSSUET, *Politique tirée des propres paroles de l'Ecriture Sainte*, Oeuvres, Paris, 1860, t. Livre X, pp. 452-453.

Todo lo contrario sucede en la corte del palacio madrileño¹⁰, dominada por una nobleza, que conservaba en su poder todos los resortes de la maquinaria estatal. El ceremonial y la etiqueta cortesana se habían convertido en manos de los Grandes de España en un cómodo instrumento que impedía el acceso directo a la persona del rey¹¹ y al que en cierto modo podía llegar a convertir en prisionero suyo. El marqués de Louville cuenta en sus Memorias cómo Felipe V al poco tiempo de instalarse en el palacio del Buen Retiro no pudo salir un día a practicar su deporte favorito, la caza, porque se habían ausentado los gentilhombres de cámara que eran los únicos que poseían la llave de honor con que se abrían las puertas del Palacio¹².

Del aislamiento y la distancia respecto a la corte de su predecesor Carlos II puede servir de testimonio la descripción que de una de sus capillas, a la que tuvo ocasión de asistir, hace el padre François de Tours, en la relación de su viaje a España:

«Le roi entra dans la chapelle, accompagné d'un seul garde et de deux pages, alla se placer sur un prie-dieu proche de l'autel, du côté de l'Évangile. Ce prie-dieu étoit entouré de rideaux de damas, comme un tour de lit, et on *laissa tomber le rideau, et on ne vit pas le Roi*. Il y avoit seulement à côté de lui un garde. Au bout de la chapelle, il y avoit une séparation garnie de panneaux de vitres; c'étoit là où étoient la Reine et toutes les dames du Palais. On ne voyoit simplement que la Reine, qui étoit à genoux à une fenêtre qui étoit ouverte»¹³.

El rey no se deja ver fácilmente por el pueblo¹⁴, y en éste se ha creado un estado de opinión acerca de la inaccesibilidad y la invisibilidad de la per-

¹⁰ «La vérité est que les officiers servans ne sont pas en nombre, comme à la court de France, et le roy d'Espagne n'est pas suivi soit à la ville soit allant aux champs d'une brave et genereuse jeunesse, comme celui de France» (JOLY, *op. cit.*, p. 560); y más adelante añade: «Ainsy est la court plus par ville que chez le Roy, où le tacet est bien autre qu'au Louvre et la noblesse moins fréquenté, parce que le Roy ne se communique comme en France et est plus estimé de se reserver de la façon, combien que la court, à la prendre par toute la ville, soit aussy abondante en seigneurs et cavalliers» (JOLY, *op. cit.*, p. 571).

¹¹ Felipe IV en su epílogo a la obra de Guicciardini (*Historia de Italia*, Madrid, 1889) escribe que para alcanzar la perfección en el oficio de rey «me pareció el mejor camino tener los oídos abiertos para todos los que me quisieran hablar en audiencias públicas y particulares» (p. IX), aunque páginas más adelante se ve obligado a confesar que esto no podía realmente llevarse a cabo y a reconocer el espléndido aislamiento en que se encontraba el rey frente a su nación «teniendo tan poca comunicación los reyes de España con sus vasallos» (p. XV). Fenelón lamenta el hecho de que frecuentemente los reyes se encuentran rodeados de cortesanos que los aíslan de su pueblo (*op. cit.*, p. 68).

¹² M. LOUVILLE, *Memoires secretes pour d'établissement de la Maison de Bourbon en Espagne*, París, 1818, t. I, p. 122.

¹³ TOURS, «Voyage du P. Tours en Espagne», en *Revue Hispanique*, 1921, p. 527. Véase también sobre este particular en el siglo XVII español: AULNOY, *op. cit.*, pp. 224 y 234-235.

¹⁴ Barthéleme JOLY, habla de sus dificultades para ver al soberano, y como «pour bien veoir le Roy, fault se mettre aux jours de fests en la gallerie par où il passe pour entrer en sa chapelle» (*op. cit.*, p. 558).

sona regia que queda recogido puntualmente en las páginas del *Criticón* de Baltasar Gracián. Para el jesuita el mismo ser de la realeza consiste en ese «estar oculto» a los ojos del mundo, manteniendo el decoro propio de la realeza a través del distanciamiento, la inaccesibilidad y la invisibilidad¹⁵.

Invisibilidad y realeza que aquí se encuentran unidas en forma inseparable, exactamente igual a como se encuentra en el propio Rey de Reyes: «No se ve, pero se conoce, y como soberano Príncipe, estando retirado a su inaccesible incomprendibilidad»¹⁶, y que atribuye ya explícitamente unas páginas más adelante al Soberano temporal:

«que muy pocos llegan a verle y menos a conocerle: es Príncipe de mucha autoridad, que no es de esos de a docena en provincia, guarda gran recato, no se permite así vulgarmente, que consiste su mayor estimación en el retiro y en no ser descubierto; al cabo de muchos años llegan algunos a verle y eso por gran ventura, que otros ni en toda la vida»¹⁷.

Este alejamiento del Príncipe al que, si difícilmente se ve, mucho menos se conoce, viene dictado en los Tratadistas políticos para hacerle huir de la familiaridad con sus súbditos, que siempre engendra desprecio¹⁸ y para que

¹⁵ «Oh, que será aquella inmortal gloriosa vista de aquel infinito Sol Divino, aquel llegar a ver su infinitamente perfectísima hermosura; qué gozo, qué función, qué dicha, qué felicidad, qué gloria! Crecía mi admiración al paso que mi atención desmayaba, porque al que deseé distante, ya le tenía cercano; y aún observé que a ningún otro prodigio se rindió la vista, sino a éste, confesándose, inaccesible, con razón solo. Es el Sol la criatura que más ostentosamente retrata la majestuosa grandeza del Criador. Llámase Sol porque en su presencia todas las demás lumbreras se retiran, él solo campea. Está en medio de los celestes orbes, como en su centro, corazón del lucimiento y manantial parente de la luz, es indefectible, siempre el mismo, único en la belleza, él hace que se vean todas las cosas; y no permite ser visto, celando su decoro y recatando su decencia». GRACIÁN, *El criticón*, Madrid, Espasa Calpe, 7.ª ed., 1975, pp. 20 y 21.

¹⁶ GRACIÁN, *op. cit.*, p. 31.

¹⁷ GRACIÁN, *op. cit.*, p. 62. De la misma manera el corazón, en tanto que rey de los sentidos también permanece escondido y oculto: «Es... el rey de todos los demás miembros, y por eso está en medio del cuerpo, como en centro muy conservado, sin permitirse, ni aún a los ojos» (p. 88).

¹⁸ «Entrar el príncipe en varios discursos con todos es desacreditada familiaridad», según SAAVEDRA FAJARDO, *Idea de un príncipe político-christiano representada en cien empresas*, Mónaco, 1640, empresa 11. «Con facilidad se menosprecia lo que con familiaridad se trata», escribe BERMÚDEZ DE PEDRAZA, *Historia Eucarística y reformation de abusos*, s.l., s.a. (1643), p. 34 y VANDER HAMMEN dice de Felipe II: «Quanto mas lexos estavan del sus vasallos, tanto más le temían, concibiendo con la distancia una grandeza adorable, y alguna cosa más que las ordinarias a los demás hombres, y así en qualquiera parte, por remota que fuesse, era tan obedecido, que un hombre solo autorizado con sus ordenes, y un poco de papel, o pergamino, obró mas que en otras partes millones de oro, y multitud de gente de guerra (*Historia de Don Filipe el Prudente, Segundo de este nombre*, Madrid, 1625, p. 170v), ver también las notas 25 y 26 y GACHARD, *Carlos V y Felipe II a través de sus contemporáneos*, Madrid, 1944, p. 112.

callando y reservándose sus opiniones pueda ponerse siempre a salvo del error.

«Ninguna cosa más propia del oficio de rey —advierte Saavedra Fajardo— que hablar poco y oír mucho. No es menos conveniente saber callar que saber hablar. En esto tenemos por maestros a los hombres, y en aquello a Dios, que siempre enseña el silencio en sus misterios. Mucho se allega a su divinidad quien sabe callar. Entendido parece el que tiene los labios cerrados... Muy elocuente es en los príncipes un mudo silencio a su tiempo; y más suelen significar la mesura y el agrado que las palabras»¹⁹.

Para Saavedra Fajardo este distanciamiento de la persona real tiene que venir dictado por prudencia y no por pusilanimidad ni encogimiento, en cuyo caso advierte que de tal actitud se seguirían más inconvenientes que ventajas²⁰, señalando cómo un paulatino alejamiento de la Corte y de los súbditos se empieza a producir en la monarquía española a partir del reinado de Felipe II, quien «escarmentado de las desenvolturas del príncipe don Carlos, su hijo, estrechó la comunicación de los demás, y, huyendo de un inconveniente, dio en otro»²¹.

Por otra parte, si el carácter móvil que hasta la época de Felipe II tenía la monarquía española, facilitaba el acercamiento y la mutua relación entre el soberano y su pueblo, el asentamiento de la corte en una capital fija y el cambio del concepto de rey como primer soldado del reino al de rey como primer funcionario que gobierna la nación desde el corazón del aparato burocrático del estado²² mientras que encomienda a otros las tareas políticas y militares que deben tener como escenarios lugares ajenos a la propia capital, suponen un enorme handicap para el mantenimiento de este tipo

¹⁹ SAAVEDRA FAJARDO, *op. cit.* Empresa 11; también en FENELÓN.

²⁰ «Otras dos pasiones son dañosas a la juventud: el miedo y la obstinación. El miedo, cuando el príncipe lo teme todo y, desconfiado de sus acciones, ni se atreve a hablar ni a obrar, piensa que en nada ha de saber acertar; rehusa el salir en público y ama la soledad. Esto nace de la educación femenina, retirada del trato humano, y de la falta de experiencia. Y así, se cura con ellas introduciéndose audiencias de los súbditos y de los forasteros, y sacándole por las calles y plazas a que reconozca la gente, y conciba las cosas como son, y no como se las pinta la imaginación. En su cuarto tengan libre entrada y comunicación los gentiles-hombres de la cámara de su padre y los cortesanos de valor, ingenio y experiencia, como se practicó en España hasta el tiempo del rey Felipe Segundo, el cual, escarmentado de las desenvolturas del príncipe Don Carlos, su hijo, estrechó la comunicación de los demás, y, huyendo, de un inconveniente, dio en otro más fácil a suceder, que es el encogimiento dañoso en quien ha de mandar y hacerse obedecer» (SAAVEDRA FAJARDO, *op. cit.* Empresa 7).

²¹ SAAVEDRA FAJARDO, *op. cit.* Empresa 7.

²² Sobre Felipe II como rey burócrata ver VANDER HAMMEN 184 v. y r.; ver también el propio testimonio de Felipe IV que distingue entre los empleos propios de los caballeros —las armas— y los empleos propios del rey —las tareas de gobierno— en GUICCIARDINI, *op. cit.*, t. I, p. IX.

de relaciones. Si a esto se suma la complicación creciente de las ceremonias cortesanas, que van haciendo más difíciles, caros y engorrosos los viajes de los reyes, la sustitución del caballo por la carroza, y la propia edad de Felipe II que hace que los desplazamientos le resulten especialmente cansados y trate de evitarlos en lo posible, nos encontramos con que al final de su reinado se había roto la costumbre de los viajes de los reyes de España a través de sus reinos, que prácticamente sólo se va a ver interrumpida cuando, por la necesidad de afianzar la moral de sus tropas, Felipe IV se dirige a Lérida para levantar el sitio que le había puesto el ejército francés. Por esto, por la necesidad de que el rey español saliese de su aislamiento y volviera a encontrarse con sus súbditos Luis XIV exhorta a su nieto a que viaje y conozca sus posesiones²³.

León Vander Hammen cuando escribe la historia de *Don Filipe el Prudente* era ya perfectamente consciente de la profunda mutación que había sufrido la propia concepción de la realeza, según acabamos de ver²⁴, y, lo que resulta particularmente interesante para nosotros, de que esa particular forma de entender la realeza no tenía sentido fuera de nuestras fronteras y que resultaba tan totalmente incomprensible para cualquier súbdito del rey francés o del monarca inglés como para el propio Luis XIV, porque si

«la gravedad²⁵ assieta biē siēpre en un Principe, si biē no en todos Reynos y Monarquias, porq̃ los espíritus y naturales de las gētes no sō unos en todos partes. Si un Rey de Frācia, ò de Inglaterra tratasse a sus subditos desta suerte, si se retirasse quinze dias en Tornay, Nebleau, ò Crey, pesaría no tener Rey: tãblen los de la primera linea por q̃rer vivir retirados sin dexarse ver ni comunicar sino una vez al año fuerō menospreciados de sus vasallos, y poco despues despojados d̃l Reyno. Los estrãgeros (no todos) quierē tener presēte a su príncipe en la paz y en la guerra, pero aunque sea assí, la Magestad no quiere ser manoseada; las soberanas

²³ «Quand vous aurez assuré la succession d'Espagne... allez à Naples et à Sicile; passez à Milan et venez en Flandes», W. COXB, *L'Espagne sous les Rois de la Maison de Bourbon*, París, 1827, t. I, p. 128.

²⁴ «Cansado de tantos viajes a Italia, a Flãdres, a Alemania, a Inglaterra, a Francia, sin los muchos que en España hizo, se encerró en Madrid y el Escorial, centro suyo, desde donde tirava con admirable prudencia, y rectitud las lineas del gobierno a la circunferencia de su amplissima corona, resuelto en no salir más, y en mirar desde allí las ondas y las borrascas de la tierra. Las acciones de su cuerpo estaban sólo en un lugar; pero las del alma se esparzían y dilatavan por ambos orbes, obrando tanto con los rasgos de su pluma, como sus progenitores con la punta de su espada (VANDER HAMMEN, *Don Filipe el Prudente, segundo de este nombre*, Madrid, 1625, 170v).

²⁵ El precisa el sentido de esta afirmación líneas atrás: «Precióse mucho Felipe II de la gravedad y de parecer en cierto modo severo, calidad importante en los Reyes y Principes soberanos para q̃ ninguno se les atreva, y de todos seã venerados: nunca dió cō esto ni a sus mas domesticos ocasión de disminuirle un pũto el temor y respeto q̃ le devia» (VANDER HAMMEN, *op. cit.*, 185v).

dignidades, las grandezas superiores a las otras de las repúblicas pierden mucho de la reverencia q les deve quando se familiariza demasiado. D. Filipe no parecía sino de tarde en tarde como Sâtelmo passado la tēpestad»²⁸.

A partir de estas concepciones acerca de la Magestad del Soberano resulta muy atractivo el examinar, como ya se ha hecho, el carácter laberíntico que tiene El Escorial²⁹. La complicación de los sistemas de accesos en tal edificio fue advertida desde el momento mismo de su construcción y es motivo de críticas y censuras, entre otros, por parte del padre Sigüenza³⁰. Cuando Paccioto viene a hacerse cargo de la construcción, al inspeccionar los planos y la obra en marcha esboza unos proyectos de reforma y formula una serie de sugerencias entre las que no puede faltar la de «que el paso de la entrada del aposento de V. Magestad fuese más corto y no con aquella vuelta»³¹. La respuesta del rey es fulminante: «...Y no quiero mudar la entrada de mi aposento. Para las otras cosas buscase el remedio»³². Es, pues, una decisión voluntaria y consciente del propio monarca quien sanciona esta circulación tortuosa y difícil que contribuye a aumentar el alejamiento físico y moral de sus aposentos del resto del mundo. Esta dificultad de los accesos, junto con una gran proliferación de pasadizos y pequeñas escaleras secundarias no es privativa de los aposentos privados sino que caracteriza todo el edificio.

En el Alcázar de Madrid existía una circulación parecidamente complicada. Así se deduce tanto del examen de la distribución de las habitaciones según los planos, como de la descripción que de su interior hace Juan Gó-

²⁸ VANDER HAMMEN, *op. cit.*, 185v y r.

²⁹ «Es muy interesante considerar el carácter casi secreto que tienen los accesos de este palacio, expresión del aislamiento y reserva que debían separar al rey de los demás mortales... Felipe II, como otro Minos, esconde su poder en extraño e inaccesible laberinto. Su poder no dimana de lo visible, el Estado, sino de lo invisible, la Divinidad, y por lo mismo debe recatarse como hombre lo más posible, aparecer sólo después de una serie de complicadas esclusas, tanto físicas, pasadizos, corredores, recodos, cámaras y recámaras, como protocolarias, a través de una etiqueta prolija y un ceremonial complicado» (F. CRUECA, *Casas reales en monasterios y conventos españoles*, Madrid, 1966, pp. 204-5).

³⁰ Quien describiendo la casa del Rey dice: «la escalera principal, que si fuera un poco más ancha esta harto bien trazada: no tiene sino nueve pies escasos, que fue defecto». J. SIGÜENZA, *La fundación del monasterio de El Escorial*, Madrid, Aguilar, 1963, pág. 271.

³¹ Archivo del Instituto de Valencia de don Juan. Envío 61, n.º 27. El padre Sigüenza nos lo describe así: «Bajemos otra vez al suelo del patio real, y sin entrar en él, lanzándonos por un callejón estrecho que vuelve por detrás de la iglesia, entremos a los aposentos propios del Rey» (SIGÜENZA, *op. cit.*, p. 274).

³² Archivo del Instituto de Valencia de don Juan. Envío 61, n.º 27, ver también, F. IÑIGUEZ ALMECH, *Las trazas del Monasterio del Escorial*, Madrid, 1965, p. 14.

mez de Mora³¹. El propio arquitecto real, señala dentro del Alcázar en la descripción que hace de su distribución interna, una zona exclusivamente privada e infranqueable, aunque esto no fuera tan rigurosamente exacto en la realidad, a la que sólo tenían acceso los grandes de España y los servidores más allegados a la persona del rey³².

El palacio del soberano tiene en España un carácter de refugio oculto a las miradas indiscretas, que permite al Rey guardar la distancia decorosa respecto a sus súbditos. Es otra vez Gracián quien expone esta realidad en varias elocuentes metáforas:

«Hacíase ojos Andremio mirando hacia Palacio, por ver si podía brujulear alguna realidad, más en vano, que estaban las ventanas unas con celosias muy espesas y otras con vidrieras³³... Aquí vivía o aquí yacía aquel tan grande y escondido monarca, que muy entretenido asistía estos días a unas fiestas... Estaba el Príncipe viéndola bajo celosía, ceremonia inviolable y más este día»³⁴.

El rey en su palacio se aísla del exterior, pudiendo hacerlo también del interior, en sus habitaciones privadas, cuyo acceso queda rigurosamente limitado a un muy reducido número de personas, y en la multitud de pasadizos secretos y «escuchas»³⁵ que se siguieron perforando en los muros del Alcázar a lo largo de los reinados de los Austrias, recordando otra imagen del Criticón:

«Habían dado una vuelta entera a todo aquel palacio de calabozos sin haber podido descubrir el coronado necio de su dueño, cuando a lo último, imaginándole en algún salón dorado, ocupando rico trono a toda magestad, vestido de brocados rozagantes, con su ropón imperial, le hallaron por el contrario metido en el más estrecho calabozo, que aun luz no gastaba por no gastarla, ni aun de día por no ser visto...»³⁶.

³¹ Ver ÍÑIGUEZ ALMECH, *Casas reales y jardines de Felipe II*, Madrid, 1952.

³² «En esta pieza esta una cama de respeto, y desde allí adelante no pasan ningún género de cavalleros, fuera de los de la camara, grandes y mayordomos del Rey» cit. por ÍÑIGUEZ ALMECH, *op. cit.*, 1952, p. 73.

³³ GRACIÁN, *op. cit.*, p. 77.

³⁴ GRACIÁN, *op. cit.*, p. 67.

³⁵ El propio Felipe IV nos informa del uso que hacía de ellas: «interpuse otro medio más eficaz para mis noticias y de más fruto para mi gobierno. Que fue abrir en los tribunales y consejos unas ventanillas, dispuestas de manera que no me pudiesen sentir entrar, y con unas celosias tan espesas, que, después de entrado, tampoco pudieses tomar noticia de mi asistencia allí, con lo cual iba a oír en estos Consejos continuamente las mayores materias... y también allí podía oír lo que por ventura en otras partes no se atrevieran a decirme, siendo aquel lugar tan sagrado, medio convenientísimo, así para esto como para tenerles siempre en vela...», GUICCIARDINI, *op. cit.*, t. I, pp. IX y X.

³⁶ GRACIÁN, *op. cit.*, p. 166.

Con esto, con la ausencia de grandes y aparatosas enfiladas de salas abriéndose unas sobre otras y con la costumbre de mantener habitaciones de verano y habitaciones de invierno, tan extrañas para los franceses³⁷, el Alcázar de Madrid les aparecía a éstos ante sus ojos, como dice Bottineau «menos como una casa real que como una pinacoteca de esplendor anacrónico, incómoda y extraña»³⁸.

La misma incompreensión se vierte por parte de los franceses sobre el Sancta Sanctorum de la dinastía austríaca..., al mariscal Tessé el monasterio del Escorial le choca porque se encuentra solitario y sin jardines en medio de un paisaje desértico³⁹ y no entiende en absoluto la combinación de palacio y convento, no pareciéndole apropiado resaltar la majestad real y la potencia de la monarquía el aparecer rodeados de «deux cents religieux bien nourris»³⁹ produciéndole el conjunto la impresión global de ser «le palais le plus triste qu'aucun roi puisse avoir»⁴⁰. Durante el verano de 1703 éste es objeto de estudio por parte de la Academia francesa de Arquitectura y las severas críticas que se le hacen testimonian la misma incompreensión radical que sentía un súbdito del rey Sol, acostumbrado a la corte de Versalles, frente al palacio de los Austrias españoles, pues no sólo se critican detalles determinados como lo reducido del tamaño de la escalera y del patio principal, sino que tampoco llegan a captar y a comprender la coherencia profunda del edificio⁴¹. Visto el problema desde esta óptica no resulta extraño que la reina pisara por primera vez el Monasterio en 1706 y que fuera el Sitio Real menos visitado por los soberanos.

Por tanto la primera tarea que tiene que acometer el nuevo equipo de gobierno es la de hacer habitables sus palacios, y especialmente los madrileños, de forma que ofrezcan un marco adecuado a la nueva dinastía borbónica. En el caso del Buen Retiro las propuestas, que quedaron en el papel, eran las de hacer un palacio totalmente nuevo con unas relaciones totalmen-

³⁷ D'AULNOY, *op. cit.*, p. 214.

³⁸ BOTTINEAU, *L'art de cour dans l'Espagne de Philippe V, 1700-1746*, Burdeos, 1962, pág. 230.

³⁹ La misma visión se sigue manteniendo en el siglo XIX. «Une lumière incertaine et fauve inondait ce paysage infini, qui avait la majesté de la mer et la desolation éternelle du désert», así es como ve su paisaje Amédée Achard (*Un mois en Espagne*, 1847, pág. 173).

⁴⁰ TESSÉ, *Lettres du Marechal de...* ed. Cte Rambuteau, París, 1888, p. 208. Carta fechada el 21-XI-1704.

⁴¹ Ibidem, p. 206.

⁴² *Procès-verbaux de l'Académie Royale d'Architecture*, ed. H. Lemonnier, París, 1911-1919. El estudio del monumento se produjo a instancias de Felipe V quien efectuó consultas a dicho organismo sobre las posibilidades de reforma del edificio, ver BOTTINEAU, *op. cit.*, págs. 232-3.

te distintas, nuevas también, con los jardines y con la ciudad. El problema era diferente en el Alcázar, donde además lo variopinto de la construcción y el enorme grosor de algunos de sus muros hacían aún más difícil su transformación⁴².

En el Alcázar la verdadera alma de las reformas fue la princesa de los Ursinos, quien pretendió más tratar de imbuir el espíritu de Versalles que su apariencia, cosa prácticamente imposible de lograr sin tener que arrasar el palacio y volverlo a edificar de nuevo. La reforma se va a dirigir en dos direcciones principales, que interesan tanto a la vida privada del monarca como a la pública. Se trataba de dotar a las zonas privadas de vivienda de una comodidad y de un confort totalmente desconocido para los monarcas de la casa de Austria⁴³ y de dar una magnificencia escenográfica mucho mayor a las zonas de aparato y recepción.

Además de los detalles decorativos, muy importantes por otra parte, la remodelación de las habitaciones se llevó a cabo por el sencillo expediente de sustituir los ingresos de las habitaciones de forma que pudieran formarse grandes enfiladas de salones según el modelo francés. Según nos informa el texto explicativo con que René Carlier acompañaba los nuevos alzados y plantas del Alcázar, se habían creado tres enfiladas en los apartamentos del Rey. Una, que recorriendo todas las habitaciones del lado oeste se abría al exterior por una ventana de la fachada sur que remataba la perspectiva; Carlier puntualiza lo siguiente: «Ce sont toutes les antichambres que l'on a fait de nouveau, y ayant auparavant en leur place beaucoup de petits réduits fort obscurs»⁴⁴. Otra gran enfilada recorre la fachada sur y cuya pers-

⁴² Sobre esta cuestión véase sobre todo BOTTINEAU, *op. cit.*, pp. 268 y ss.

⁴³ Es interesante, por comparación con las opiniones de Felipe V y de su corte, tener en cuenta que Carducho al descubrir el Alcázar de Madrid después de las transformaciones de Gómez de Mora insiste mucho en el tema de que con ellas se le ha dotado de una gran comodidad: «reconocí lo mucho que se ampliado este Alcázar con las obras que en él se han hecho, y en particular con aquel hermoso salón que se hizo de nuevo, que cae sobre la puerta principal tan opulento y espacioso. Vi las bóvedas, que se han reedificado debaxo de los planos de los patios, que tienen vistas al Cierzo, comodidad que se ha hallado para las personas Reales los veranos... por estar compuesta de aposentos baxos, y oscuros, que estaban inhabitables, y agora es una agradable, y muy acomodada habitacion... con que han escusado los Reyes el salir de la corte los veranos... con que ha quedado la casa de mayor comodidad de las que su Magestad tiene, gozando en sola ella, lo que obligava salir desta Corte en diferentes tiempos años» (CARDUCHO, *Diálogos de la Pintura*, Madrid, Turner, 1979, pp. 427 y 430). Para conocer el estado del Alcázar previo a las reformas de que habla Carducho hay que recurrir a GONZÁLEZ DÁVILA, *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid, Corte de los Reyes Católicos de España*, Madrid, 1623, p. 310.

⁴⁴ CARLIER, *Explication du plan et des coupes de L'Alcazar de Madrid*, 1712. La Condesa D'Aulnoy escribía también: «Hay en ésta [en el Alcázar] muchos aposentos oscuros que sólo reciben luz por la puerta, y los que tienen ventanas tampoco están muy claros, porque sus aberturas son mezquinas» (p. 214).

pectiva conduce directamente al trono del rey, «de sorte qu'après avoir passée la grande enfilade, et entrée dans le salon I [la antigua galería del Mediodía], la veüe rencontrera pour objet ce throne au travers de deux salons K [la pieza ochavada] et I»⁴⁵. Y por fin se abre una tercera enfilada de habitaciones, paralela a la anterior, partiendo del dormitorio de la pareja real, y que a través de las antiguas piezas del Cancel, Salón de Comedias y Pieza Oscura, termina en un elemento paisajista, una pequeña fuente situada en la terraza exterior de la fachada oeste.

La transformación en planta es ya de por sí misma enormemente significativa: se está preparando el palacio para que se pueda implantar —que realmente se implanten es ya otro problema— en la corte española una etiqueta palaciega semejante a la que regia en la corte de Luis XIV. La comparación entre la llamada planta Justi, que data aproximadamente de 1709, y la planta propuesta por Carlier es suficientemente elocuente del alcance de la transformación⁴⁶. En el primer caso para acceder a la zona de aparato de las habitaciones, la pieza ochavada y el salón de los espejos, había que recorrer toda una serie de vericuetos, estrechos y oscuros, que estaban, real y psicológicamente, aislando al rey del exterior por la misma dificultad de los accesos. Hagamos el recorrido: al salir de la escalera principal y después de atravesar el cuarto de la Guardia, una saleta y la pieza de consulta llegamos a una pieza de Audiencia, donde, como señalábamos páginas más atrás, Juan Gómez de Mora anotaba en su descripción del Palacio la existencia de una frontera entre las zonas públicas y privadas del palacio, aunque en realidad tal división no fuera tan tajante. Hasta aquí el acceso es sencillo y a través de ejes rectos, pero a partir de esta sala, y como defendiendo su intimidad, el acceso se complica extraordinariamente: de la Pieza de Audiencias se pasa a una Antecámara Guardarropa desde, donde después de hacer un giro de noventa grados, se pasa a un pasillo que a los pocos metros se estrecha, para salvar el obstáculo de la Primera Antecámara y de una pequeña escalera, entrando en la antecámara segunda. Se pasa a continuación a una sala con el significativo nombre de Pieza Oscura, y desde allí ya sí se puede pasar a la zona de aparato: la galería del Mediodía, la Pieza Ochavada y el Salón de los Espejos. Pero incluso en esta zona más representativa —en la Galería del Mediodía—, se insertan violentamente tres pequeñas alcobas, sin luz ni ventilación, donde agonizó Carlos II.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ La primera fue publicada por K. Justi y ha sido reproducida frecuentemente. La segunda fue publicada por Y. Bottineau, quien reproduce ambas en las láminas 8 y 10 de su libro *L'art de cour dans l'Espagne de Philippe V*, donde pueden ser consultadas.

Las novedades del plano de Carlier respecto a éste son importantes y significativas. No se ha transformado la disposición de la tres primeras habitaciones del lado norte, las únicas que tenían una total regularidad. La laberíntica serie de Antecámaras y Guardarropas que ocupaban el lado sur ha sido demolida junto con el mezquino pasillejo para dar lugar a una serie de salones de aparato, que comunicados entre sí por puertas centrales, permiten un acceso fácil, derecho y luminoso⁴⁷ hasta el ángulo sudoeste, desde donde ya se puede divisar en todo su esplendor la majestad del rey en su trono a través de otra nueva serie de salones de honor, de las que han desaparecido, por supuesto, las siniestras habitaciones donde murió el rey hechizado.

Lo mismo cabe decir respecto al dormitorio de los soberanos. Se han regularizado las plantas y los accesos, se ha dado más luz a las habitaciones y se ha renovado su decoración. Carlier nos informa⁴⁸ que todos los nuevos salones del costado oeste «sont tendües de très belles tapisseries, et garnies de tables de porphire et autres marbres précieux», que aunque los tres salones del sur «paroissent denüiés d'ormaments, ils ne le sont néammoins pas étant remplis de très beaux tableaux du Titien, Paul Véronèse, Tintorette, Rubens, et quelq'autres, et garnis aussy de tables de porphire d'une grandeur considérables»⁴⁹, y que la nueva enfilada que parte del dormitorio real está decorada también con ricos tapices entre los que destacan la serie de los Hechos de los Apóstoles sobre cartones de Rafael.

El resultado final de estas transformaciones y decoraciones es que, una vez realizadas, dotaban al palacio madrileño de la posibilidad de que en él se desarrollasen un nuevo tipo de ceremonias y de etiquetas acordes con el nuevo concepto de monarquía y de majestad que no podían tener lugar dentro de un palacio concebido por unos monarcas que tenían una idea muy diferente acerca de en qué consistía la dignidad y la majestad real. De acuerdo con los planos de Carlier quedaba abierta la posibilidad teórica y arquitectónica de que incluso se pudiera establecer en la corte madrileña una costumbre semejante a la del «grand lever» de Luis XIV.

El hermano de Felipe V, el duque de Borgoña, escribe una carta fechada el 30 de noviembre de 1711 en donde resume en una frase muy significativa lo que estamos diciendo: «Je suis fort aise que les travaux de votre palais de Madrid soient bientôt achevés et que vos peuples puissent vous voir dans votre capitale d'une manière convenable à votre dignité»⁵⁰.

⁴⁷ Véase la nota 12.

⁴⁸ CARLIER, *op. cit.*

⁴⁹ *Ibidem.*

⁵⁰ Citada por BOTTINEAU, *op. cit.*, p. 274.